

EL VIRUS DEL ARMAGEDON

La_Gabopedia (Gabriel Leal)

Relato No.1

EL VIRUS DEL ARMAGEDÓN

CRÓNICAS DE EDÉN



Por: Raúl Gabriel Leal

Capítulo 1

EL VIRUS DEL ARMAGEDÓN

(23 de Germinal del año 84 de la Nueva Era)

Es temprano; aún faltan algunos minutos para las seis, hora en que las alarmas en las habitaciones harán a todos los chicos del Centro de Formación ponerse en movimiento.

Sin embargo, como todos los días, ella, AG-23-68-09, ya se encuentra despierta, recostada de espaldas a la pared y con la cabeza de corto y lacio cabello negro apoyada en los cristales de la estrecha ventana que corre a lo largo de la parte superior del muro, esperando que los primeros resplandores del sol se derramen sobre los grises edificios del Centro. En la parte inferior de su litera y en la litera al otro lado de la habitación, sus tres compañeras duermen.

Parece que será otro hermoso día de finales de primavera en la provincia agrícola de Abbenville, un día como cualquier otro... excepto por dos situaciones peculiares. La primera situación peculiar ha tenido nerviosos y preocupados a muchos de sus compañeros en las últimas semanas; no es para menos, son la primera generación que deberá pasar por la Iniciación al cumplir los dieciséis años y no a los dieciocho. Además, ahora sólo el veinte por ciento, y no el treinta como solía serlo hasta el semestre pasado, podrá optar a las Profesiones de Élite... el restante ochenta por ciento deberá conformarse con una Profesión Operativa. Así, dentro de pocos días, deberán someterse al proceso de Evaluaciones y, el primer día de la Fiesta del Solsticio de Verano, escoger la profesión a través de la cual servirán al Edén y a sus hermanos por el resto de sus vidas.

La segunda situación peculiar aunque intrascendente, es que hoy, veintitrés de Germinal del año ochenticuatro de la Nueva Era, ella celebra su cumpleaños número dieciséis.

Entonces, mientras los primeros rayos de sol asoman por el lejano horizonte, suena la alarma y sus compañeras dejan de lado las sábanas y saltan de sus camas para tomar, del enorme armario metálico de color negro colocado en medio de ambas literas, los zapatos deportivos y las playeras de color blanco, así como los pantaloncillos cortos de color café claro.

—Vamos, hermana, baja a cambiarte —le indica la compañera que suele dormir en la parte inferior de su litera—. No querrás ser la última en llegar.

—Ya voy, hermana. Adelántense si quieren.

Su compañera se encoge de hombros y se dirige hacia la puerta, que abre tras pasar sobre el sensor su Monitor de Pulsera, esos brazaletes de plástico negro que nunca se quitan y que utilizan como llave de acceso para distintos usos y para monitorear sus signos vitales; pronto se queda sola en la habitación, ese cuadrado de cuatro por cuatro metros donde ni la diaria convivencia ha permitido que forme un lazo estrecho con sus compañeras.

Otros chicos y chicas del Centro se llaman entre sí como a distintas flores, animales, colores, elementos del bosque o de los campos; es una forma práctica de reconocerse sin recurrir al largo Número de Identificación... una peligrosa informalidad pues el Número de Identificación, que les es dado al nacer para identificar su provincia de origen, el mes, el día, el año y el correlativo de su nacimiento, es la única forma en que el Edén reconoce su existencia. Pero a ella nadie la conoce lo suficiente como para llamarla de otra forma que no sea por su Número de Identificación, nadie la aprecia o desprecia lo suficiente para ello; cuando mucho la llaman hermana, nena, niña o jovencita.

Así, ni bien se ha cerrado la puerta, baja de su litera de un salto y se apresura a vestirse, con prendas idénticas a las de sus compañeras, y sale de la habitación corriendo rumbo a la explanada en medio del Centro de Formación, donde todos los chicos y chicas se reúnen para iniciar la diaria rutina.

Unos dos mil quinientos chicos, de entre ocho y dieciocho años, se aglomeran sobre las cuadradas lozas de cemento de la explanada a la espera que los instructores los dirijan en las diarias rutinas de ejercicios; al norte se yerguen los edificios de las áreas comunes y los apartamentos del personal del Centro, al sur los vastos edificios de las instalaciones educativas, al oeste los bloques con las habitaciones de las chicas y al este, bañados por los rayos del sol naciente, los bloques con las habitaciones de los chicos.

Corren en círculos alrededor de la explanada y practican series de distintos ejercicios por más de una hora. Después tienen cuarenticinco minutos para regresar a sus habitaciones, bañarse, vestirse con los tradicionales monos de color café, que sobre el bolsillo del pecho llevan impreso su Número de Identificación, y presentarse frente a la cafetería; a las ocho en punto, con todos los chicos y el personal del Centro reunidos frente a la cafetería, se practica el diario ritual del Juramento de Lealtad, dirigidos por el Gobernador de la provincia a través de grandes parlantes instalados en las afueras del edificio. Cuarenticinco minutos para comer y quince más para su higiene personal antes de presentarse a sus respectivos salones de clases a las nueve en punto. A las once se les distribuye una breve merienda y las clases continúan hasta la una en

punto, hora en que deben volver a la cafetería para la hora del almuerzo. De dos a cinco vuelven a las instalaciones educativas, a los salones de los Laboratorios, y después cuentan con dos horas de receso; la cena se sirve a las siete y a las ocho se apagan las luces.

Ni siquiera el que en pocos días deban abandonar el Centro, para pasar por el periodo de Evaluaciones y su Iniciación, modifican aquel monótono ciclo; la rutina sólo es rota por los eventuales viajes a Centros Agrícolas cercanos y porque el último de cada diez días las clases se suspenden y se les permite descansar.

De dicha cuenta, aquella mañana han utilizado el tiempo de clases para repasar el significado del cada verso del Juramento de Lealtad y del Himno del Edén. Es curioso que los últimos días no se hayan ensañado con ellos en un intensivo repaso de conocimientos técnicos; en cambio, han reforzado hasta el hartazgo todo el discurso relativo a los valores del Edén y la teoría relativa a cada una de las ocho profesiones.

Son pasadas las doce y media cuando la Maestra retoma la historia sobre el origen del Edén, una historia que han escuchado varias veces a lo largo de todos aquellos años.

—Veamos, jovencitos —dice la Maestra—. Esto deberían saberlo de memoria, así que veamos qué tan bien lo recuerdan. ¿Quién me dice quien fundó el Edén?

Están acostumbrados a aquellas rutinas, así que de nada sirve hacerse los tontos y tardarse en responder... además las preguntas son sencillas, un breve repaso a la historia que han oído miles de veces.

Una rubiecita de brillante sonrisa levanta la mano desde los asientos posteriores.

—Maestra —dice poniéndose de pie junto a su asiento—, fue Michel Colón.

—Muy bien, niña. Pero no fue sólo él. ¿Quién me dice quiénes fueron los otros fundadores del Edén?

Un muchacho de piel oscura y cabello ensortijado muy corto, de los primeros asientos, se pone de pie y empieza a recitar:

—Maestra, los otros fundadores del Edén son: Victor Smith, Carmen Evans, Markus Miller, Judith Abbenville, Joel Garcia, John Williams, Kelvin Baker, Jennifer Lee y Earl Turner.

Parece una lista difícil de recordar, pero no sólo la han repasado cada semestre, sino que durante la Fiesta del Edén, al inicio de cada año, aclaman a cada uno de los fundadores siguiendo la emotiva ceremonia

que es transmitida desde Colonia. Además, cada una de las diez provincias del Edén es llamada en honor de alguna de aquellas personas que, ochenticuatro años después, parecen míticas y sobrenaturales.

—Muy bien, chico... puedes sentarte. ¿Y quien me dice en que momento se funda el Edén?

Una delgada pelirroja levanta la mano y se pone de pie junto a su asiento para decir:

—Se funda hace ochenticuatro años, cuando, tras el Solsticio de Invierno, Michael Colon transmite un mensaje invitando a los sobrevivientes de la humanidad para que vinieran al Edén.

—Gracias. ¿Y que fue lo que llevo a la humanidad a aquella desesperada situación?

Es ella, AG-23-68-09, quien levanta la mano y poniéndose de pie junto a su asiento contesta:

—Primero fue la Gran Guerra, pero después de la guerra fue el Virus del Armagedón el que casi termina con la humanidad.

—Muy bien, nena. ¿Y que fue lo que causó la Gran Guerra?

—Que los pueblos al otro lado del mundo formaron grandes ejércitos y construyeron armas terribles para atacarse entre si y controlar el acceso a los Océanos.

—Perfecto Alfa-Gama-veintitres-sesentiocho-nuevo. Puedes tomar asiento. Alguien más, por favor. ¿Qué fue lo que pasó durante la Gran Guerra?

—Los pueblos al otro lado del mundo se atacaron, primero con grandes ejércitos y luego con las armas terribles que habían construido. Pronto se formaron bandos y después de pelear por controlar el acceso a los Océanos siguieron peleando entre sí para saldar viejos rencores. La guerra se expandió hacia lugares cada vez más alejados y los pueblos de esta parte del mundo tuvieron que intervenir.

—¿Y el virus? ¿Quién recuerda que enfermedad provocaba el virus?

—Era una especie de gripe —contesta de forma tímida un chico de la ultima fila, sin siquiera levantarse de su asiento.

—Bien, si... era una especie de gripe. Pero, entonces: ¿Por qué causó tantas muertes?

Un muchacho de piel como la leche, cabello negro y ojos delgados, levanta la mano y se pone de pie para contestar:

—Porque se transmitía con mucha facilidad y en el caos de la guerra, con tantos refugiados huyendo de los pueblos en guerra y por el movimiento de tropas, se expandió por todo el mundo antes de ser detectada.

—Bien. Pero: ¿Por qué resultó tan dañino este virus?

—Porque afectaba en especial a las personas jóvenes y sanas, provocando que murieran por la alta fiebre o ahogados en sus propios fluidos. Era casi siempre fatal cuando se manifestaban los primeros síntomas.

—Perfecto, jovencito. Puedes sentarte.

Toda la clase vuelve a quedar en silencio, mientras la Maestra camina de vuelta a su escritorio y se acomoda en el asiento detrás del mismo, antes de empezar a decir:

—Es importante que recordemos esta trágica historia, chicos. Esa terrible guerra, como supongo que eran de terribles todas las guerras, y el fatal Virus del Armagedón, que le siguió, casi terminan con la humanidad. Cuentan que la gente moría por miles y que la enfermedad no se detuvo hasta que no quedó nadie más que pudiera enfermarse; el sistema de administración de todos los pueblos colapsó; hubo caos, hambre, locura. Aquello que la guerra no destruyó fue destruido por el virus. Pero nuestros fundadores lograron rescatar lo que quedaba de la humanidad y traerla al Edén para construir una nueva civilización. Por ello en el Edén aprendemos a "cuidar los unos de los otros", aprendemos a "proteger, servir y engrandecer a esta tierra y a nuestros hermanos" como indica nuestro Juramento de Lealtad.

—Maestra —pregunta ella, AG-23-68-09, mientras alza la mano con insistencia—: ¿pero la Guardia no es una especie de ejército?

—Creo que es difícil para nosotros comprender como eran los ejércitos de aquellos tiempos; los pueblos los formaban para defenderse de otros pueblos y también para atacarse entre sí. La Guardia no es un ejército sino un Cuerpo de Seguridad, como ustedes deberían saberlo bien... no hay otros pueblos de los cuales defenderse o contra los cuales pelear, sólo queda el Edén.

—¡Entonces sería noble y digno unirse al Cuerpo de Seguridad? —Sigue ella.

—Por supuesto, niña. Todo trabajo es noble y digno, sin importar cual de las ocho profesiones elijan. Ya sea a cargo del funcionamiento de nuestras provincias como miembros del Cuerpo de Administración, protegiendo a

sus hermanos como miembros del Cuerpo de Seguridad, cuidando y salvando vidas como miembros del Cuerpo de Salud, a cargo de fábricas o servicios como miembros del Cuerpo de Ingenieros, cuidando de los más jóvenes como miembros del glorioso Cuerpo de Educadores, trabajando en las fábricas o los campos como Obreros Agrícolas o Industriales, incluso realizando las sencillas tareas del Cuerpo de Servicios... todos estamos llamados a servir a la gloria del Edén y de nuestros hermanos.

"Sé que para ustedes puede ser confuso y duro porque no tendrían que tomar esta decisión sino dentro de un par de años... pero los veo y me siento orgullosa. Sé que están listos para convertirse en Nuevos Ciudadanos del Edén. Confiemos que la decisión del último Concilio ha sido tomada con sabiduría y que ustedes mantendrán viva la esperanza que el Edén deposita sobre sus hombros.

Para entonces ya es la una y la alarma interrumpe el emotivo discurso de la Maestra, quien con resignación concluye:

—Bien, chicos, es hora de almorzar. Los veo mañana. ¡Gloria eterna al Edén!

Dice lo último poniéndose de pie y alzando el puño derecho sobre su cabeza, gesto que es de inmediato imitado por todos los chicos del salón mientras contestan al unísono:

—¡Gloria eterna al Edén!

Y sin más, el ordenado grupo de chicos se convierte en una turba que corre hacia la salida del salón y por los pasillos con rumbo a la explanada y luego hacia el gran edificio donde está la cafetería. Ella, como siempre, va con calma, quedándose casi de último.

En la cafetería, después de hacer la larga cola, descubre que entre las opciones de almuerzo del día se encuentran unos grandes emparedados que suelen gustarle mucho porque puede comerlos a la intemperie sin necesidad de llevar la fría bandeja metálica en que suelen colocar la comida.

Sin que nadie la acompañe se dirige a la salida y deja la bandeja en las estaciones diseñadas para el efecto, toma su emparedado envuelto en suave papel antigrasa y el vaso de refresco y camina hacia la puerta. En una esquina sus compañeras de habitación charlan de forma animada con el grupo habitual de chicos con quien suelen reunirse para comer; a veces ella se les unía, pero estos últimos días ha ignorado por completo ese absurdo deseo de encajar en un grupo que está condenado a su próxima desintegración.

Afuera, a la breve sombra que ofrecen los edificios a aquella calurosa hora, encuentra una banca, de las muchas adosadas a la pared exterior de la cafetería. Allí se sienta, cruza las piernas, coloca a un lado el vaso con refrescante bebida de limón y desenvuelve su emparedad para comer en paz mientras piensa un poco. No lejos de allí, en un alto poste de metal, ondea la bandera color verde esperanza del Edén con su blanca flor de lis en el centro; a su lado, en otro alto poste, ondea el gris estandarte del Cuerpo de Educadores, en cuyo centro se observa un libro abierto con dos llaves doradas cruzadas en una página y una rosa rosada en la otra.

Come con calma mientras piensa. No tiene miedo, como si lo tienen muchos de sus compañeros. Fue una sorpresa cuando, hace unos meses, en los últimos días de Ventoso, las autoridades del Edén, reunidas en Concilio en Colonia, informaron que a partir de este año la Iniciación se realizaría a los dieciséis años y no a los dieciocho, entre otras medidas para incrementar la mano de obra productiva del Edén; pero a ella esa sorpresa no le molestó... hasta puede decirse que le causo alegría. No soportaba la idea de pasar otros dos años detrás de los muros que rodean al Centro de Formación, dos años más para dejar de ser una niña y convertirse en una Nueva Ciudadana del Edén; no soportaba la idea de seguir esperando para enfrentarse a la vida real.

Porque, a pesar de los conmovedores discursos de los maestros, ella sabe que el sistema del Edén no es perfecto, que esta alienación (que muchos niegan) tarde o temprano termina por volver loco a cualquiera; sabe que puede vivirse en soledad en medio de una multitud, que ese desconcierto de no saber de dónde vienes y hacia dónde vas no es bueno para nadie; sabe que, a pesar de los lindos ideales de "cuidar los unos de los otros", aún hay quienes abusan de sus hermanos y viven con resentimiento... sabe todo aquello porque lo ha experimentado a lo largo de todos estos años en el Centro de Formación.

A sus compañeras de dormitorio, y a todos aquellos que han logrado formar algún lazo dentro del Centro de Formación, les aterra pensar como será integrarse a la vida productiva del Edén, viviendo en soledad en una unidad habitacional proporcionada por la administración y ubicada muy cerca de tu lugar de trabajo; les aterra pensar que deben dejar el Centro de Formación para trasladarse a algún Centro Agrícola o de Producción, incluso a alguna Ciudad; les aterra dejar todo aquello a lo que están cómodamente acostumbrados para verse obligados a encontrarse consigo mismos.

Ella, que ha sido siempre una dura solitaria, alguien a quien nadie conoce lo suficiente como para llamarla de otra forma que no sea por su Número de Identificación, no tiene miedo de dejar el Centro... sabe que, en el peor de los casos, la vida productiva en el Edén será tan solitaria y sin sentido como lo han sido todos los pasados años. Pero, al menos, sabe que allá afuera tendrá la oportunidad de hacer algo diferente, de esforzarse por

conseguir que el Edén sea un lugar mejor.

Confía en quedar entre el veinte por ciento con los resultados más altos de las Evaluaciones y así poder escoger la rosa roja el día de su Iniciación, la rosa roja que representa el sacrificio al que están dispuestos los miembros del Cuerpo de Seguridad; así es como espera servir a sus hermanos, contribuir a la gloria del Edén y, si fuera posible, conseguir que este mundo sea en verdad mejor para todos.

Y si no lograra quedar entre el veinte por ciento con los resultados más altos, entonces escogerá la rosa verde para entregarla al Altar del Edén, la rosa verde que representa la esperanza de los Obreros Agrícolas; al menos trabajando en los campos podrá disfrutar de aire fresco, hermosas vistas y el diario baño del dorado sol. Como sea, cualquier cosa es mejor que seguirse pudriendo en la larga espera que han representado todos estos años en el Centro de Formación.

Para entonces ha terminado de comer y se da cuenta que casi son las dos; es hora de volver a la cafetería para devolver el vaso vacío, lanzar a la basura el envoltorio del emparedado y correr hacia las Instalaciones Educativas. "Paciencia", piensa, "sólo quedan un par de días más para, por fin, abandonar este lugar".